

ALEJANDRO DUMAS

# El conde de Montecristo

Una versión de Nicolás Schuff  
para chicos

 Estrada

  
Azulejos



ALEJANDRO DUMAS

# El conde de Montecristo

Una versión de Nicolás Schuff  
para chicos

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A. bajo la **dirección general** de Carlos Silveyra.

**Coordinadora del Área de Literatura:** Laura Giussani.

**Edición:** Gabriela Comte.

**Corrección:** Mariano Sanz y Daniela Donni.

**Realización gráfica:** Ediciones Pluma Alta.

**Jefe del Departamento de Arte y Diseño:** Lucas Frontera Schällibaum.


**Diseño de tapa:** Natalia Udrisard.

**Ilustración de tapa:** Claudia Degliuomini.

**Ilustraciones del interior:** Alejandra Karageorgiu.

**Gerente de Prerensa y Producción Editorial:** Carlos Rodríguez.

Dumas, Alejandro  
El conde de Montecristo : una versión de Nicolás Schuff para chicos /  
Alejandro Dumas; adaptado por Nicolás Schuff. - 2ª ed. 4ª reimp. -  
Boulogne: Estrada, 2015.  
104 p. ; 19 x 14 cm - (Azulejos; 34)  
  
ISBN 978-950-01-1398-4  
  
1. Narrativa Francesa. I. Schuff, Nicolás, adapt. II. Título.  
CDD 843

 Colección Azulejos - Serie Naranja **34**

© Editorial Estrada S. A., 2012.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)

Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

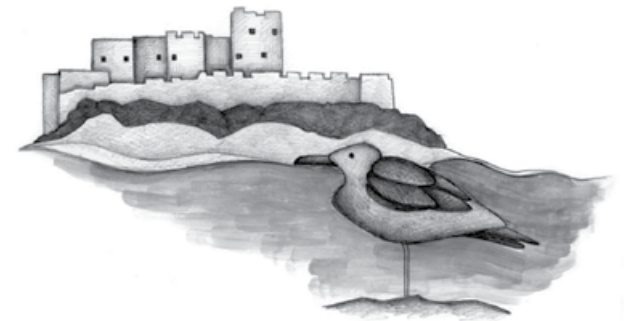
Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1398-4

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## EL CONDE DE MONTECRISTO



# 1

**E**l 24 de febrero de 1815 amaneció frío en Marsella<sup>1</sup>. Aun así, el puerto se llenó de curiosos. Después de muchos meses, el buque mercante Faraón volvía a casa.

El capitán del barco había muerto durante el viaje. Al mando quedó un joven de dieciocho años, llamado Edmundo Dantès.

Dantès era flaco, alto y tenía el pelo negro como la noche. Al sonreír, su cara se iluminaba. Era una persona fuerte y bondadosa. No sabía leer ni escribir. Pero sabía orientarse en el océano, mantener un barco a flote y hacerlo llegar a destino. Todos lo apreciaban. O casi todos...

Mientras el Faraón se acercaba al puerto, Dantès se apoyó en la baranda y miró la ciudad.

<sup>1</sup> Importante ciudad portuaria del sur de Francia, ubicada sobre el mar Mediterráneo.



Estaba ansioso por abrazar de nuevo a su padre, y también a Mercedes, su futura esposa.

Perdido en esos pensamientos, no percibía la mirada torva<sup>2</sup> de otro marino, llamado Danglars. Danglars tenía un diente de plata y hablaba escupiendo las palabras.

Dantès y Danglars habían tenido una breve discusión a bordo. Nada importante. Dantès ya la había olvidado. Pero Danglars no. Envidiaba a los que poseían un puesto superior al suyo y despreciaba a los que estaban por debajo.

Cuando el buque tocó tierra, Dantès saltó al muelle, seguido por Danglars. Allí los esperaba un hombre con anteojos, barrigón y simpático. Era el señor Morrel, dueño del Faraón. Se dieron la mano.

— ¡Bienvenidos! — saludó Morrel —. Lamento mucho la muerte del capitán. Pero te las arreglaste muy bien, Edmundo. Te felicito.

— Gracias, señor — sonrió el joven —. Solamente hice lo que debía.

— ¿Por qué no vienes más tarde a mi oficina? Me parece que ya tengo nuevo capitán para el Faraón...

<sup>2</sup> Fiera, enojada, terrible de ver.



—Sería un honor, señor, y una gran responsabilidad —dijo Dantès.

—Señor Morrel —intervino Danglars—, ¿no le parece que Dantès todavía es muy joven para un puesto así?

—¿Qué tiene que ver la edad? Este joven trajo mi barco sano y salvo, y eso es lo que importa.

Danglars apretó los dientes. Y Dantès estrechó de nuevo la mano de Morrel.

—¡Muchas gracias, señor!

Luego el muchacho se alejó corriendo, feliz, hacia la casa de su padre. Iban a ascenderlo. Dejaría de ser pobre. Y, además, iba a casarse con la mujer más hermosa de Marsella.